

## CREO EN DIOS, PADRE TODOPODEROSO

por

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

Director de "Balmesiana"

(Barcelona)

### I. *Gozo de la verdad.*

Es maravillosa la luz que se ve al examinar el conjunto coherente y armonioso de las verdades de nuestra Fe.

Ya cada uno de nuestros dogmas estudiado por separado, nos da cierta luz divina, con que podemos penetrar cada vez más en su objeto; pero si se enlazan unos con otros y el conjunto de la Revelación Divina con lo que nos dice la Filosofía Cristiana, entonces nuestro espíritu halla un descanso incomparable, una pacificación en la Verdad, tan propia de Dios, que como sello suyo nos llena de aquel gozo de la Verdad, de que habla San Agustín: "Beata vita est gaudium de veritate"; "La vida bienaventurada es esto: gozo de la Verdad" (1).

### II. *Dios Creador.*

Es fuerte el contraste que hay entre las creencias de los pueblos que rodeaban a Israel y la Fe que desde el principio aparece en los libros del pueblo escogido. Examinemos por separado cada una de las dos mentalidades, la pagana y la de la Revelación.

1.º Si Dios fuera finito, limitado en perfección, entonces podría haber fuera de El *otros seres, que no dependiesen de El* en su ser. 2.º Por tanto no sólo podría haber otros dioses, sino que también podría haber una *materia eterna*, informe, preexistente al mundo. 3.º Esta materia no procedería de Dios por creación, sino que sólo recibiría la *acción organizadora* de un Demiurgo que la estructurase. 4.º Por tanto esta materia sería *raíz*

---

(1) S. Augustinus: *Confesiones*, libro X, cap. XXIII; Migne, 32, col. 793.

*del mal*, por cuanto recibiendo limitadamente su acción, al mismo tiempo le resistiría. 5.º En esta suposición es obvio que se haga el paso al *Dualismo*, es decir, a admitir dos Principios eternos, uno del Bien y otro del Mal. Que se sistematice según Zoroastro, o según los gnósticos del siglo II, o según los maniqueos del siglo IV, en el fondo es lo mismo. 6.º Por consiguiente, si es la materia el Principio del Mal, es obvio que se considere el mal moral, es decir, *el pecado, como algo necesario* (no producido por desviación libre o corrupción de un bien que es la libertad humana en busca de su Bien). 7.º En esta hipótesis cae espontáneamente la ascética en la aberración de hacer consistir la perfección en la *destrucción del cuerpo material*, o de sus funciones vitales (por ejemplo negando toda santidad al matrimonio). 8.º Finalmente, dentro de esta mentalidad, *la Redención*, o liberación del hombre, de aquella radical infelicidad que le viene por no poder ser lo que íntimamente quiere ser, puede concebirse o como golpe de mano, al modo de los titanes o superhombres; o bien como una "inhabitación" del Logos en una materia tan sólo "aparente", "ficticia", no como Encarnación o unión substancial en una sola Persona del Verbo Divino con la naturaleza humana, puesto que se ha tomado la materia como raíz del mal. 9.º Por consiguiente no habría propiamente *remisión del pecado*, sino suspensión del pecado por supresión de la vida corporal; supresión del cuerpo que es material; del hombre. 10.º Tampoco sería el cielo, que santifica y eleva al hombre, más que regreso del alma al reino de la Luz, con cierta fusión con Dios de modo *panteístico*.

Por el contrario, la doctrina que nos enseña la Fe es enteramente opuesta a estas imaginaciones del racionalismo pagano.

1.º Dios se manifiesta como Ser perfectísimo (en Filosofía Cristiana lo expresaríamos compendiosamente así: "Ser Necesario: por tener en sí la misma determinación o conexión necesaria con todo lo que es pensable como ser-perfección, es Infinito en Perfección"); por tanto, nada puede haber que, siendo distinto de El, no dependa de El en su ser. 2.º Por tanto es único, hay un solo Dios; y por lo mismo *no puede haber ninguna materia preexistente eterna*. 3.º Por tanto, Dios produce el mundo por *creación, es decir, hasta en cuanto al mismo ser*. 4.º Por tanto el mal, en cuanto mal, no sería una naturaleza positiva, sino *privación de ser*, privación de bien; todo ser, en cuanto ser, sería esencialmente bueno. 5.º Por consiguiente no puede admitirse ningún dualismo, sólo hay *un Principio* que es en sí Infinitamente Perfecto y el mal proviene por corrupción o privación de bien en los seres puesto que siendo finitos todos los seres

creados, su ser recibe el ser con límite y puesta la acción creadora; no es el Ser Necesario, puede ser o no ser, perecer, mudarse, y por lo mismo corromperse, dar así con la privación parcial de un ser o bien, origen al mal; el mal, pues, no escapa a la ordenación de la Providencia Divina.

Todo esto es lo que quiere enseñar en el Libro del Génesis el autor del Hexámeron: "Al principio creó Dios el cielo y la tierra. Ahora bien, la tierra era nada y vacío, y las tinieblas cubrían la superficie del Océano" (2); por tanto hasta este primer estadio, hasta este estado amorfo de la materia, depende de Dios: lo ha "creado" (baráh); por consiguiente todo lo que hay en la creación es bueno: "Entonces vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien" (3), todo era bueno. 6.º ¿De dónde vino, pues, el mal? No era un principio eterno preexistente, sino que sobrevino cuando el hombre *libremente se separó de Dios*, norma de Bien, de toda Perfección: por el pecado. 7.º En esta enseñanza la ascética no consistirá como en ambientes budistas orientales (más o menos lejanamente influenciados por el Dualismo) en suprimir la vida y sus anhelos, a fin de sumergirse en un ser, especie de no-ser o nirvana; ni consistirá en negar la licitud del matrimonio como ciertos antiguos gnósticos imaginaban; lejos de consistir en la destrucción del cuerpo, consistirá en la elevación, sublimación del cuerpo, *sometiendo por la recta voluntad libre*, la concupiscencia al orden y perfección de la Ley de Dios. 8.º *La Redención* no puede, pues, concebirse como si el hombre con sus propias fuerzas se levantase al modo de los titanes, o Prometeo, a un superhombre divinizado; será por el contrario un gesto de concesión amorosa y misericordiosa de Dios: "En esto está el amor: no que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros y envió al Hijo suyo, propiciación por nuestros pecados" (4).

Pero siendo El infinitamente perfecto, toda ofensa o rebelión contra El, tiene en este respecto (no en cuanto a la malicia subjetiva del pecador, siempre finito), por razón del término infinito a que va referida, algo de infinitud, "quamdam infinitudinem", en frase de Santo Tomás. La remisión del pecado no puede, pues, venir del mismo hombre por una acción que tuviera por sí misma un "mérito de condigno", es decir, proporción intrin-

(2) Gén. 1, 1.

(3) Gén. 1, 31.

(4) 1, Jn. 4, 10.

seca con un término infinito; que fuera proporcionada a él. Si Dios se encarna, es decir, *une substancialmente* a sí una naturaleza humana, por lo mismo habrá un sola persona, es decir, Aquel que es Dios, es el mismo que Aquel que "nace", que muere", que "padece", que "merece"; por tanto merece infinitamente; por tanto, da una satisfacción "de condigno", es decir, "redime": "no con cosas corruptibles, con plata o con oro, fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, recibida por tradición de vuestros padres, sino con la preciosa sangre de Cristo" (5), "fuisteis comprados a costa de precio" (6). 9.º Por tanto, hay propiamente remisión del pecado; no consiste el ennoblecimiento, el ascenso que nos propone la ascética, en la supresión del cuerpo, sino en que cambiando el hombre su disposición moral de adhesión al pecado, por la "metánoia" o penitencia interna de la voluntad libre que consintió en el pecado, entonces se le aplique el mérito infinito del Redentor. 10.º Por consiguiente no consistirá la felicidad a que constitucionalmente tiende el hombre en una fusión panteística con Dios, único Ser que por Infinito, puede darle esta felicidad a que aspira, más allá de todo lo temporal, material, que es finito; sino que consistirá en la posesión (por la contemplación y por el amor) de este Bien Infinito, Dios.

### III. Dios hecho hombre.

Dentro de este cuadro de conjunto, así como no queda evidentemente excluida para el hombre la posibilidad de "algo más", tampoco se infiere o deduce, es decir, no se exige lógicamente, que haya de haber este "plus" a que nos referimos ahora, o sea lo sobrenatural.

El hombre manifiesta, tanto en el proceso de su conocimiento, como en el de la tendencia volitiva, y en el de su sentimiento espiritual, que su actividad desborda el orden material y finito; lo rebasa sin cesar, y de tal modo que sin esto ya no sería hombre, sino bruto.

El animal, al contrario, queda encerrado, prisionero de la materia. Se aclimata en el horizonte material. De ahí deducimos (hasta sin conocer por la Fe la verdad que es la creación del alma por Dios, sino con deducción racional o filosófica) que en

(5) 1, *Pe.* 1, 18-19.

(6) 1, *Cor.* 6, 20.

el hombre hay un principio que es *en su ser* esencialmente superior a la limitación material, del mismo modo que se manifiesta *en su obrar* como esencialmente superior o independiente de ella; a este ser lo llamamos espiritual.

El animal no puede, pues, tener una "elevación" a algo superior, porque su ser mismo, bajo pena de contradicción, lo encierra en la zona de lo finito material. En cambio el hombre desborda en cierto modo la zona de la finitud. Pero ¿hasta dónde llegará este proceso? Esta es la pregunta.

Desde luego ha de haber una radical diferencia en el modo de conocer propio del Ser Infinito y en el del ser finito. El Ser Infinito no depende de su objeto al conocerlo (pues entonces ya no sería Infinito) sino que El mismo pone todo el horizonte de inteligibilidad o verdad, todo el orden del ser. Por tanto no necesita un *intermediario* o "species" para conocer los seres tal como son: en sí mismo, lo conoce absolutamente todo, puesto que todo, en cuanto a todo, depende de El. En cambio el ser finito conoce sin crear la inteligibilidad o verdad de su objeto; sin tener en sí mismo la necesidad o fuente de luz cognoscitiva, la unidad asimiladora intencional: recibe el ser que tiene, no se lo da, y así mismo recibe la inteligencia, no se la da a sí mismo; de igual modo se encuentra ante un ser que es radicalmente inteligible pero por obra de la Inteligencia Infinita que lo ha creado, de la cual depende en cuanto a todo, hasta en cuanto a las mismas leyes de inteligibilidad que descubre en todo objeto.

Por tanto, el ser finito, para conocer, ha de acercarse a su objeto, es decir, ha de recibir algo de él, llámeselo "species" o como se quiera. Por tanto su conocimiento necesariamente será finito, limitado en cuanto al grado de asimilación de su objeto conocido: para nosotros, que conocemos con "verdad lógica" (no como Dios, que conoce con "verdad metafísica" que es la que exponíamos antes), para nosotros, decíamos, conocer un objeto no es crearlo, producirlo de nuevo, sino por medio de un intermediario o "species" (que nunca será "totalmente el mismo objeto", pues conocer no es crear o producir el objeto existente) nos acercamos parcialmente a él.

De ahí surge la pregunta: cuando el hombre obtenga por la posesión del Ser Infinito (visión, amor y gozo de El, de que hablábamos antes) el término de la felicidad a que su ser aspira, y que nada finito le puede dar, ¿no sería capaz de conocerlo, no por medio de este intermedio o "species", sino intuitivamente, tal como es el Bien Infinito, a base de que el mismo Dios se una de una manera superior, desconocida, con la misma po-

tencia cognoscitiva humana, elevándola a asimilar así su objeto infinito, con el amor y gozo saturante, que de ahí se seguirá?

Como se advierte, ni nos consta si es posible que esto se haga, ni cómo se podría hacer. Pero desde luego, dada la naturaleza humana, que por espiritual no tiene la limitación propia del ser material, tampoco nos consta que no pudiera hacerse así.

Esto es lo que nos ha dicho la Revelación: que Dios nos ha sobreañadido este término fantásticamente superior, y nos lo ha concedido *por amor*. Por tanto, si fuese por el contrario "debido" a nuestra naturaleza, es decir, si finalísticamente estuviese orientada a este término, ya no sería concesión de amor, es decir, gratuita, esto es, sobrenatural.

Ahora bien, si Dios nos revela que nos destina a este término, es obvio que también nos revele cuál es este término al cual nos hace aspirar, tender; y que por tanto nos dé un principio, un injerto divino, puesto el cual, tengamos de hecho esta intrínseca ordenación y orientación a poseerle así, tal como es. Por tanto cae bien que Dios también nos revele el misterio de la Trinidad Divina, es decir, este misterio íntimo de Dios, de su Vida Divina, que nuestra razón encerrada como decíamos en el orden de lo natural, por sí misma sólo puede vislumbrar, no inferir o demostrar ni en cuanto a su hecho, ni en cuanto a su posibilidad.

Es también obvio que nos dé este injerto divino o "gracia santificante", don sobrenatural, es decir, concesión amorosa de Dios, que nos eleva intrínsecamente a hijos de Dios (o participantes por adopción de su naturaleza, y por tanto herederos de sus bienes) de tal modo que si morimos con esta gracia o elevación, entonces ya podemos "exigir" la "corona iustitiae", "recompensa debida". Por tanto, si Cristo, Dios humanado, redimiéndonos nos ha concedido de nuevo este don originariamente perdido por el pecado original (puesto que es "don" podría no haberlo dado, o darlo como hizo, con sujeción a ciertas condiciones que no se verificaron: el pecado original), entonces también está claro que al concedérsenos de nuevo este don por los méritos infinitos de su Redención, cuando esta Redención se aplique a uno, se haga mención de aquello que se le concede: por esto en el Bautismo, con que queda el hombre regenerado, hecho participante de esta Vida Divina trinitaria, se le da el Bautismo "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo", según nos dijo el Redentor Jesucristo.

IV. *La gran tentación: evolucionismo y naturalismo.*

El hombre no se siente seguro en su ser, sino inseguro. Está tendido a una plenitud a la que aspira; y confusamente advierte que puede lograrla, pero que también puede perderla y perderse. Sólo en Dios alcanzará esta seguridad, esta solidificación, como dice San Agustín: "Et stabo atque solidabor in te, in forma mea, veritate tua"; "Tomaré consistencia y me solidificaré en Vos, en el crisol de vuestra Verdad como en el molde mío" (7).

De ahí la gran tentación: atribuir a sus propias fuerzas este proceso de génesis. Es la vieja tentación del paraíso: "eritis sicut dii"; "seréis como dioses" (8).

Si en el hombre no hubiese cierta lejana proporción para ascender al nivel divino, ya no sería esto una tentación para él, como no lo es para un vegetal o para un animal; pero por otra parte si el hombre esperase mediante una concesión gratuitamente venida de Dios este don divinizante, entonces tampoco sería tentación de pecado, sino entrega filial, oración. Es tentación y habrá pecado, precisamente cuando el hombre quiera lograrlo por sí mismo, hacerse como Dios por sus propias fuerzas.

Esto es lo que de una forma u otra hace el evolucionismo, que va sucediéndose revestido con diversos ropajes de sistemas ideológicos a través de la Historia.

Ante todo, precisemos: no se trata aquí del evolucionismo científico o científicamente comprobado. Este evolucionismo tiene un campo de asertos muy limitado. Y hasta dentro de este campo de asertos estrictamente científicos, si es de buena ley, distingue cuidadosamente entre lo que es cierto y lo que sólo es muy probable; también distingue entre lo que es objeto científico (estrictamente comprobable en la experiencia o en la experimentación) y lo que no pertenece a su objeto y método científico. Contra este evolucionismo, que es, digamos, inocuo, inocente, no tenemos nada que objetar, y no nos referimos ahora a él, hasta cuando afirme, por ejemplo, que el origen del "cuerpo" del hombre ha venido por evolución de un viviente homínido.

Lo malo no está ahí. Está en que a veces hay científicos que caen en la tentación de extrapolar y sin darse cuenta "adivinan" o creen adivinar; rebasan lo que da de sí el método estrictamente

(7) S. Agustinus: *Confesiones*, libro XI, cap. XXX; Migne, 32, col. 825.

(8) *Gén.* 3, 4.

científico; y entonces se convierten en una especie de poetas, porque con método de ciencia natural hacen algo que no es científico-natural; se ponen a hacer filosofía, pero en realidad lo que hacen es poesía. No son ciencia natural sus asertos, porque no son comprobables experimentalmente, ni mucho menos; no son Filosofía, porque no hay una estricta deducción o demostración racional con el método y evidencia propios de la Filosofía; son mera poesía o "ciencia-ficción", "fantasciencia". ¿Cómo puede decir el científico que "la realidad" es Evolución; que "el Ser" es Evolución; que "el cosmos" es Evolución? ¿en qué laboratorio ha experimentado y comprobado "la realidad", "el cosmos", "el Ser"?

Sin embargo es un hecho que no pocos, por desgracia, proceden así. Con esto lo único que consiguen es desacreditar el nombre y el valor de la verdadera ciencia. Impresionan al pueblo vulgarizador, pero ante el auténtico científico que se atiene a lo que da su método propio, y ante el filósofo que rigurosamente exige pruebas y evidencia de demostraciones racionales, todo esto no es más que una novela con nombres y palabras científicos. Suelen ser, por lo demás, novelas de escaso valor literario.

No obstante comprendemos que se presente esta tentación, porque como decíamos, el psiquismo humano —digamos más claramente: por razón de su alma espiritual— está lanzado a un progreso que solidifique y afiance su ser. ¿Qué más tentador que apoyarse en sí mismo, imaginando que "su ser" (y de ahí: "el Ser") es Evolución, para lograr por sí mismo el término de superación a que tiende? Basta de un plumazo alargar la línea de la asíntota y ya se salta al límite.

En realidad es totalmente imposible sostener que "el Ser", o "la realidad", o "el cosmos" (es decir, la realidad en cuanto visiblemente presente) "es" Evolución.

Si el ser es "Hacerse" entonces no puede atribuírsele sin contradicción ningún aserto universal y necesario, ni siquiera el aserto de que "es". Hacerse, porque si realmente fuese "mero Hacerse" también "se haría" (se mudaría, perecería) la universalidad y necesidad del aserto de que "es Hacerse": podría mañana no serlo, o serlo al mismo tiempo y no serlo: ¿por qué no, si todo "es" Hacerse? Y si hay en él algo que soporta esta necesidad y universalidad con la que se le pueda atribuir con verdad que "es" tal o cual, entonces ya no "es" Hacerse sino "aquello que por necesidad es en cuanto sea"; y por tanto, en cuanto a esto, ya no "se hace", luego es falso que la realidad sea un "mero Hacerse".



Tampoco podemos decir que "el Ser" sencillamente "es"; porque entonces tampoco podrá cambiar o Hacerse en cuanto a algo (ya que bajo la absoluta universalidad de lo que "es" cae todo) lo cual es contra la experiencia más inmediata, tanto externa como interna. Sólo de Dios, Necesario y por tanto Perfectísimo o Infinito, sólo de El puede decirse con plenitud que "ES", excluyendo de sí toda imperfección de cambio (pues ya no tendría, en cuanto "se hiciese", la Perfección final o conexión necesaria con ella); excluye de su Ser toda multiplicidad. Por consiguiente, cuando decimos "ser" atribuyéndolo tanto al Ser que soporta la verdad de esta afirmación, Dios, Necesario, Infinito, como al "cosmos" (o seres finitos, por tanto creados), decimos de ambos "ser" en un sentido analógico: es decir, "el ser *en cuanto es* exige ser lo que es", lo cual implica que puede decirse "ser" en diversos sentidos, analógicamente de unos y de otros.

No es, pues, más perfecto "Hacerse" que "Ser", so pena de decir que el alumno en cuanto "se hace" profesor, sería más perfecto en su ciencia que el profesor, que por tenerla, "ya es" aquello y por lo mismo no debe "hacerse" con ella. Es decir, se dice "ser" tanto del que está "en acto" ("ya es") como del que está "en potencia" ("es ir a ser") respecto de aquel acto pleno a que tiende. Pero la prioridad, la perfección, está en el acto; la potencia pasiva sólo se dice "ser" analógicamente, en cuanto *participa* ya en algo del "ser", es decir, porque ya *en cuanto a algo* "es". Pero ni "puro Hacerse" evolutivo, ni totalmente "ser", pues sería Dios, Infinito e Inmutable.

En otras palabras, no se explica el "Ser" por el "Hacerse", sino el "Hacerse" por el "Ser". Formulándolo en términos de Aristóteles y Santo Tomás, diríamos que es necesario señalar la prioridad del Acto sobre la Potencia, y por tanto hay Causas, y la Causa de las Causas, Dios.

En efecto, si lo primario es "Ser", no "Hacerse", entonces cuando vemos un ser que "se hace", preguntamos: ¿por qué "se hace"? Es decir, ¿cómo se explica, cómo se justifica racionalmente, cómo es inteligible? Se explica el "Hacerse" por el "Ser", según decíamos antes, por tanto por algo que "ya es" aquello, llamado Causa. Pero a su vez si esta "se hace" preguntaremos de ella lo mismo. Con este proceso necesariamente el término nos lleva a quien corte la pregunta porque tenga en sí mismo un "ya es" perfecto, pleno, necesario, Dios. En cambio, si el "Ser" fuera "Hacerse", entonces al preguntar por qué "se hace", diríamos: "porque sí", porque hay ser, y ser es "Hacerse". En esta suposición podría hacerse cualquier cosa "porque sí"; ser

y no-ser; empezar porque sí, hacerse tal o cual, del todo gratuitamente: lo cual es la total negación del pensamiento, de lo que más evidentemente captamos; habríamos de ser con todo derecho escépticos, relativistas, destruir toda ciencia. Y si no llegásemos a este resultado, sería por tener poco vigor mental, poca hondura metafísica, por ser poco consecuentes.

Es, por tanto, enteramente evidente que en las ciencias naturales cabe un ancho margen, muy amplio, para la Evolución; pero necesariamente será *parcial, limitada, restringida*. No lo primario, sino lo derivado.

Si un evolucionista tiene, pues, suficiente vigor de pensamiento, por lo mismo que niega el recurso último explicativo a Dios, advertirá que con ello se niega a sí mismo, su propio pensamiento. Es una paradoja: apoyándose el hombre en sí mismo, no en Dios, se encuentra con que se destruye a sí mismo con el mismo plumazo con que destruye a Dios.

Por tanto es absurdo imaginar a Dios como inmerso en la Evolución del Hacerse. Porque El es infinitamente Perfecto, es decir, *infinitamente distante* del polvillo de ser que evolucionando mendiga más ser, por lo mismo le está *infinitamente presente o cercano*, pues este polvillo de ser depende de El en cuanto a todo absolutamente, esto es, la Creación, depender hasta en cuanto al mismo ser, por venir de la nada. Pero una cosa es que Dios *esté presente* en lo íntimo del ser que evoluciona (mejor dicho: todo ser "está en El": "in ipso vivimus, movemur et sumus", "en El vivimos, nos movemos y somos" (9), como dijo San Pablo) y otra cosa radicalmente distinta es el dislate de afirmar que "Dios es Evolución" porque "el Ser es evolución". Al contrario enteramente: "Al Principio existía el Verbo..., y el Verbo era Dios" (10).

Concluyamos: nuestra razón, nuestra Filosofía, concuerda maravillosamente con nuestra Fe, con nuestra Teología; y ello nos da raudales de luz. Cuando afirmamos que Dios es Alfa y que Dios es Omega, Principio y Fin, no lo decimos porque el cosmos "se haga divino", sino porque Dios atrae a participar de su Perfección como Causa Final última a todo ser. Es aquel grito "omnia intendunt assimilari Deo", de Santo Tomás; "todas las cosas tienden a asemejarse a Dios" (11).

Todo lo que hemos dicho hasta aquí queda en el orden que

---

(9) Act. 17, 27.

(10) Jn. 1, 1.

(11) S. Thomas: *Contra Gentes*, libro III, cap. 19.

podríamos llamar natural. Pero sube de punto la cohesión si pasamos al orden sobrenatural. Si examinando la misma naturaleza del cosmos pudiésemos ver en el cosmos considerado en cuanto a lo que es, una intrínseca proporción para "encarnarse en Dios" (más que la posibilidad de que "Dios libremente quiera encarnarse") pasando de la "cosmogénesis" a la "noogénesis" y con igual proceso a la "Cristogénesis", entonces además de la contradicción y absurdos ahí implicados (que antes he indicado brevemente) nos encontraríamos con que este proceso y este término divino, ya serían *debidos* a esa naturaleza; con otras palabras, serían *proporcionados* a su ser. En este caso, este término ya no sería una concesión gratuita y amorosa de Dios, pues una sobrenaturaleza naturalizada ya no sería sobrenaturaleza, como tampoco podría ser "naturaleza" (según lo dicho antes), pues nunca la criatura por evolución propia puede llegar a Dios.

En otras palabras, no puede haber Ciencia si no hay un objeto formal propio, es decir, si no hay una unidad sujeto-objeto, para constituirse como principio de explicación. Pero ¿qué unidad puede concebirse que vaya desde la química y la geología a la biología, y de ahí a la paleontología; que haga pasar lo material a ser espiritual; y de ahí a Dios; habiéndose sin embargo concedido la Encarnación y Redención por la concesión libre y gratuita, no debida de Dios?

Si hubiese esta unidad de objeto formal, ya la Fe no sería Fe, sino Razón. Y si no la hay, entonces la Cristogénesis, un Cristo que toma cuerpo en un cosmos, es una exposición que si no se basa en el hecho histórico de la Revelación será una mera ficción novelesca. Sólo recurriendo a la Historia, al hecho de la Revelación, sólo así encontramos los datos por los cuales deducimos que se han dado esta concesión gratuita, amorosa, de Dios al hacerse hombre por amor, dándonos con Cristo el perdón, y los dones sobrenaturales que nos hacen "semejantes a Dios."

Si el hombre se apoya en sus fuerzas para escalar el cielo como los titanes, cae su torre de Babel en la nada. Si por el contrario se afianza en Dios, al afirmar a Dios, se afianza a sí mismo. La tentación del Evolucionismo ha de ceder su puesto a la Verdad de nuestra Fe: "Creo en Dios, Padre Todopoderoso... y en Jesucristo, su único Hijo... que por nosotros y por nuestra salvación bajó del Cielo y se hizo hombre".

Hay otra faceta en este proceso falsificador que acabamos de estudiar: esta otra faceta es el naturalismo no evolutivo. Esta otra tentación, no pretende explicar el paso desde el punto Alfa al

punto Omega: dice que le basta con un punto Alfa, el cual sea esta naturaleza presente y finita; y que fuera de ella no hay más.

En este momento no tengo suficiente espacio para desarrollar esta concepción naturalística y mostrar sus fallos, así como he desarrollado la anterior. Me bastará con remitirme a otros escritos míos, y en cuanto a algún aspecto, a una conferencia titulada "Técnica y Humanismo" (12), dejando al lector que por sí mismo complete las líneas del cuadro, cuyo trazado de conjunto ya ha advertido con la exposición que precede.

### V. "No hay hombre más feliz que el santo".

Cierto autor norteamericano que estudió bien lo que sabemos sobre San Francisco de Asís, afirmó concluyendo su estudio: "no hubo hombre más feliz que San Francisco".

Yo creo que la afirmación podría hacerse más universal y podría decirse: "no hay hombre más feliz que el santo."

Cuando nuestro cuerpo está en perfectas condiciones, cada elemento en su sitio, cada función donde debe estar, experimentamos una sensación de bienestar, como un sentimiento total de euforia vital, que llamamos "buena cenestesia".

Pues lo mismo acaece con nuestro psiquismo en su zona superior, la religiosa y moral: cuando el hombre tiene cada cosa en su sitio, su espíritu experimenta una sensación de bienestar espiritual, un bienestar superior, más íntimo y profundo, que llamamos la alegría.

No es lo mismo el placer que la alegría; puede uno tener muchos placeres pero estar profundamente triste y asqueado; puede ser que uno sufra mucho (como San Francisco) pero que esté profundamente gozoso, alegre, feliz. Más aún, por el camino del placer, nunca se llega al horizonte de la alegría. La alegría habitual es indicio de buena salud espiritual, así como la buena cenestesia corporal indica buena salud corpórea. Y si a esto se añade la acción de Dios haciendo sentir su presencia al alma, entonces se tiene el paraíso en la tierra, en cuanto en esta tierra se puede tener.

Quizá por eso se observa en nuestras sociedades modernas tantas veces, el fenómeno de la profunda tristeza, de la náusea,

---

(12) Conferencia pronunciada el 28 de noviembre de 1966 en la Escuela de Ingeniería Técnica industrial (Villanueva y Geltrú), que se publicará en la revista "Espíritu" XVI (1967), núm. 55.

que las invaden. A esa tristeza la acompaña la rebelión, la revolución, esa inquietud indefinible de inestabilidad, tan frecuente en nuestras pobres sociedades, económicamente tan ricas.

¡Qué distinta es la plenitud del santo, que el mundo, alejado de Dios, no puede saborear! Toda la Revelación cristiana que nos manifiesta cuál es el verdadero camino para "hacernos como Dios", es decir, participantes de su Divina Naturaleza, por lo mismo nos exhorta a huir de la corrupción del mundo, que es "concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y jactancia de los bienes terrenos" (13).

Nunca está el hombre tan alto y erguido, como cuando se baja arrodillándose; porque en la oración humilde se une con Dios, de quien recibe el supremo don de su Divina Semejanza: "graciosamente nos ha dado los preciosos y sumos bienes prometidos, para que por estos os hagáis participantes de la Divina Naturaleza, una vez escapados de la corrupción que reina en el mundo", como nos dice por boca de su apóstol y primer Pontífice de la Iglesia (14).

---

(13) 1, *Jn.* 2, 16.

(14) 2, *Pe.* 1, 4.